

Por JUAN MAISONNAVE

El infiltrado



Página 2

Por VICENTE BATTISTA

El hombrecito de la sonrisa impertinente

Página 3



Por WALTER LESCANO

Relatos tallados a mano

Página 4

télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 6 | NÚMERO 300 | JUEVES 31 DE AGOSTO DE 2017

Truman show

(30 de septiembre de 1924 - 25 de agosto de 1984)

Hace 33 años moría en Los Ángeles el gran estilista del siglo XX: Capote, el *enfant terrible*, el que supo retratar (a estileta de genialidad) la estupidez y la soledad de su tiempo. Más allá del show que él mismo alimentó alrededor de su figura (adicción, escándalos con famosos, homosexualidad irreverente), este hombrecito blanco de New Orleans, fue el que borró la delgada línea entre periodismo y la literatura.

A sangre fría, *Otras voces*, *otros ámbitos* o *Música para camaleones*, dan prueba de esa obsesión de narrar la vida “con la verosimilitud de los hechos, con la cualidad inmediata de una película, con la profundidad y libertad de la prosa, y la precisión de la poesía”.



Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

El escritor cubano Rafael de Ávila ganó el Premio Iberoamericano de Cuento Julio Cortázar 2017 por su relato "Viento del Neva", que fue definido por el jurado como una "peculiar manera de asumir la intertextualidad como hilo conductor de un discurso hilvanado con eficacia y alto nivel escritural". El cuento fue seleccionado entre 260 obras concursantes en la XVI edición del certamen y

De Ávila expresó que para él representaba "un honor" recibir el premio que lleva el nombre de "uno de los más grandes escritores de habla hispana", y a su vez explicó que el relato es un homenaje al autor ruso Fiódor Dostoyevski, quien fue inspiración para su texto. El jurado estuvo integrado por el intelectual argentino Jorge Testero y los escritores cubanos Marilyn Bobes y Edel



El infiltrado



Integrante del Nuevo Periodismo junto a nombres como Gay Talese y Tom Wolfe, Truman Capote se ganó por derecho propio el carnet de escritor todo terreno. Incursionó en casi todos los géneros, y no sólo lo hizo bien, sino que los transformó para siempre.



Siempre me entusiasmo por alguna cosa, pero no me dura más de siete minutos. Exactamente siete minutos. Ése es mi límite. Nunca se sé siquiera por qué me levanto por la mañana". Eso decía un abastido Marlon Brando en su cuarto del Hotel Miyako, en la antigua ciudad imperial de Kyoto, Japón, país al que había ido a filmar una superproducción que se llamó *Sayonara*. En medio del rodaje, entre compromisos que lo aburrían mortalmente y llamados telefónicos y un Room Service pródigo en tortas de manzana con crema, el más grande actor de su época le concedió unas valiosas horas de su vida al escritor Truman Capote. El relato de esas horas quedó plasmado en "El día que en sus dominios", extenso perfil que Capote escribió en 1957 para el *The New Yorker*. Fiel a su estilo, con un lenguaje preciso y un ritmo de escritura que a veces se agitan como si fueran las alas de una cotoura australiana"; el cruce de testimonios y de voces que enriquece de puro presente de la entrevista; la composición armónica entre pasajes que abordan el contexto cultural y social del

entrevistado y aquellos que reveñan la confidencia jugosa que siempre, pero siempre todos le regalaban. Brando se derrumba al recordar cuánto le hubiera gustado salvar a su madre: "Mi madre. Se hizo añicos como si hubiera sido de porcelana". Después de leer el artículo, el actor no acusó a Capote de haber mentado, pero dijo que si alguna vez se lo cruzaba lo mataría.

Integrante del Nuevo Periodismo junto a nombres como Gay Talese y Tom Wolfe, Truman Capote se ganó por derecho propio el carnet de escritor todo terreno. Incursionó en casi todos los géneros. Sus primeros cuentos, editados recientemente por la editorial Lumen con traducción de Alan Pauls, los escribió a los 18 años. *Otras voces, otros destinos* (1948) fue su debut como novelista, que no pasó desapercibido. La lectura de *Desayuno en Tiffany's* (1966) hizo que el escritor Norman Mailer que afirmó que Capote era el escritor más talentoso de su generación. En *Se oyen*

las musas (1956) narra como cronista las peripetias de la orquesta norteamericana de Ira Gershwin que, en plena Guerra Fría y bajo estricta vigilancia de la KGB, viaja a Leningrado para interpretar *Progy and Bes*. Sus viñetas sobre ciudades, y sus retratos de artistas, publicados al español por Anagrama en 1984 con una portada en la que Truman y Marilyn Monroe bailan torpemente, son pequeñas gemas. Sus intercambios epistolares (*Un placer fugaz*. Correspondencia, 2006) abarcan desde las intimidades más banales al proceso de identificación con el asesino Perry Smith. Como si fuera poco, con *A sangre fría* (1966) instauró el Non-fiction, aunque suele aclararse que ya había sido inaugurado cuando Rodolfo Walsh dio a conocer *Novación Menores* (1957).

Capote era también un gran maestro en otro arte: el de la trinchera. Fue el infiltrado en la guerra de las vanidades. Un infiltrado muy talentoso, que había leído a los clásicos y viajado por el mundo demostrando una curiosidad voraz. Los escándalos y chismes de la clase alta neoyorquina que frecuentaba fueron la

materia prima de buena parte de su literatura. Luego de los capítulos sueltos de *Plegarias atendidas* (1986, novela incompleta y póstuma), publicados en la revista *Esquire*, muchos conocidos le retiraron la palabra. "¿Es que esa gente se pensaba que me tenían para entretenerles?", se preguntó por entonces el autor.

Pero no toleró bien el ostracismo. Hace 33 años, su amiga Joanne Carson lo recibía en Los Ángeles con la salud arrastrada por el abuso de drogas y alcohol. Dos días después de su llegada, mientras sostenía su mano, lo vio morir frente a ella. Capote había escrito que algo hermanaba a Marilyn Monroe y Elizabeth Taylor, esos "pajaros de distinto plumaje". Un extremismo emocional, una necesidad peligrosamente intensa de ser amados más que de amar. Detrás de las iras y de su picaresca inteligencia, Capote también había un corazón de hombre que se apagó cuando ya no tuvo buenos amigos con quienes compartir una copa.

"Fotógrafos Argentinos", la primera exposición en línea sobre reporteros nacionales que reúne testimonios de distintas generaciones y estilos, se puede apreciar de manera libre y gratuita en la red. Sin intermediarios entre el fotógrafo y el espectador, ni ningún tipo de edición, la muestra contiene algunos de los trabajos que ya forman parte de la historia de la fotografía argentina. La primera

entrega contará con 20 fotógrafos: Enrique Abatte, Rodrigo Abd, Walter Astrada, Valeria Bellusci, Carlos Bosh, Rafael Calviño, Manuel Fernández, Julio Fuks, Eduardo Gil, Eduardo Grossman, Francisco Medall, Daniel Merle, Oscar Pintor, Nicolás Poussthomis, Mario Rodríguez, Flavia Schuster, Alfredo Srur, Gisela Vohi, Helen Zout. Puede verse en www.fotografosargentinos.org.

FOTOGRAFOS WEB DOC
ARGENTINOS

"El instinto es el punto de partida en toda arte".

Humberto Rivas

JUEVES 31 DE AGOSTO DE 2017 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3

El hombrecito de la sonrisa impertinente



→ VICENTE BATTISTA

A poco de cumplir 23 años, Capote ya era un autor consagrado. Supo utilizar el periodismo para hacer literatura y a la literatura para hacer periodismo, transitó por todas las formas de la narrativa y a todas las honró con su escritura. En su obra dejó testimonio de la hipocresía y la estupidez de su tiempo.



FOTOGRAFÍA TOMADA POR HAROLD HALMA PARA LA PRIMERA EDICIÓN DE OTRAS VOCES, OTROS ÁMBITOS (1948).

Truman Streckfus Persons no tuvo lo que suele llamarse "una infancia feliz": vivió sus primeros años en distintas granjas del sur de los Estados Unidos de Norteamérica. Sus abuelos lo criaron, ya que su madre, devota del whisky de centeno, ignoró el cuidado de su único hijo. Tal vez la literatura sirvió para mitigar esa desconsideración. "Empecé a escribir cuando tenía ocho años: de improviso, sin inspirarme en ejemplo alguno (...). Un día comencé a escribir, sin saber que me había encadenado de por vida a un noble, pero implacable amo", confesó alguna vez. Lo cierto es que a los diez años con un cuento "Viejo señor mitchi" (*Old Man Mitch*) ganó un concurso literario. Las cartas estaban echadas: desechó el Streckfus Persons que llevaba por apellido y adoptó el del nuevo esposo de su madre, un cubano llamado Joe García Capote. A partir de ese momento sería Truman

Capote, un nombre que conmovió a la literatura norteamericana de mediados del siglo pasado. A los 17 años despidió a sus abuelos y se marchó de la granja con el propósito de establecerse en Nueva York. *El The New Yorker* lo conchabó para "seleccionar tiras cómicas y recortar periódicos". Llamaba la atención ese joven ingenioso, que apenas superaba el metro sesenta de altura y que nada hacía por disimular su homosexualidad, tal vez en aquellos días. Lo cierto es que el "corta periódicos", cinco años más tarde salió en la tapa de la revista *Life*. Entonces estaba abocado en la escritura de lo que sería su primera novela: *Otras voces, otros ámbitos*.

Capote y su madre, definitivamente alcoholíca y con posibilidades de cura, dormía durante el día y escribía de noche. Pudo salir de ese inferno

gracias a la invitación a participar de un retiro campestre para artistas y escritores. Estaba situado en Yaddo, una comunidad artística, a sólo cuarenta minutos de Nueva York. Ahí logró terminar su novela, además conoció al prestigioso profesor, crítico y editor Newton Arvin quien, de paso, se convirtió en su primer novio. La relación con Arvin, que lo doblaba en edad, se prolongó por largo tiempo. Capote asistía religiosamente a sus clases, y gracias a ello, comenzó a leer a Proust y a los clásicos estadounidenses del siglo XIX. "Newton es mi Harvard", reconocía con orgullo. En 1948 la editorial Random House publicó *Otras voces, otros ámbitos*. La novela está dedicada a Newton Arvin y el título popularizado coincidió en que "resulta bastante sorprendente que alguien tan joven pudiera escribir tan bien". Capote respondió de inmediato: "¡Sorprendente? ¡Solo había estado escribiendo día tras día durante catorce años!". Pero la no-

vela no sólo sorprendió por la calidad de su escritura, también y sobre todo impresionó por el modo en que ese joven de apenas 23 años, con la sabiduría de un viejo, desnudaba la hipocresía de un determinado sector de la sociedad, profundizaba sobre las identidades en conflicto y el horror de la soledad. Sin que importase el género —cuentos, novelas, crónicas de viajes o breves ensayos—, esas constantes invariablemente se repetirían en su obra posterior. En todos, además, prevaleció la sonrisa de desprecio que Capote parecía brindar a esa sociedad pacata que lo admiraba y odiaba con idéntico fervor. «¿Qué otra cosa que una exquisita burla es la contrapunto de la primera edición de *Grandes voces, otros ámbitos*? En lugar de elegir la estereotipada foto de un joven escritor de gesto grave y mirada inteligente, Capote prefirió mostrarse voluptuosa-

mente recostado sobre un sillón. "Parece decir con los ojos: ven por mí", detalló con certeza un crítico de la época.

Más allá de las imágenes, el libro fue un éxito de venta. En los diez siguientes años publicó una serie de cuentos y dos novelas, que casi de inmediato gozaron de versiones teatrales y cinematográficas, pero el éxito definitivo se produciría con *A sangre fría* (1966). La novela encabezó de inmediato la lista de best-sellers. El 5 de enero de 1966, Capote firmó un contrato con Random House para la edición de su próxima novela. *Plegarias atendidas*, dijo que sería un equivalente contemporáneo a *En busca del tiempo perdido* de Proust, y prometió entregarla en enero de 1968. Incumplió la promesa. En el último contrato se pactó la entrega para marzo de 1981, y el primer anticipo de us\$20.000 creció a un millón. A lo largo de ese tiempo, Capote publicó algunos capítulos de *Plegarias en recitatos* y de inmediato fue repudiado por quienes hasta ese momento eran sus amigos: todos se vieron impiadosamente retratados en "La Côte Basque", uno de esos capítulos.

"Soy un escritor y me sirvo de todo —dijo aquella vez Capote—. ¿Es que esa gente se pensaba que me tenían para entretenerlos?".

Tampoco en marzo de 1981, Capote entregó su novela. El 25 de agosto de 1985 murió como consecuencia de un cáncer de hígado. Los directivos de Random House corrieron hasta el banco que, suponían, guardaba los originales de aquella obra. Abrieron la caja fuerte y sólo encontraron 150 páginas. Ahí habrán tropezado con la penúltima sonrisa de Capote. La última se registrará en 2015, cuando la casa de subastas Julien's Auctioneers de Los Angeles, remató sus cenizas. Fueron adquiridas por un coleccionista anónimo al precio de us\$43.500. Así, treinta años después de su muerte, Truman Capote continúa dando testimonio de la inagotable estupidez humana.

4, 3, 2, 1. VUELVE PAUL AUSTER CON UN NUEVA NOVELA

El escritor estadounidense Paul Auster participará por primera vez de la Feria Internacional del Libro (FIL) de Guadalajara, donde presentará su más reciente novela titulada *4 3 2 1* y un día antes abrirá el Salón Literario de la feria, que se realiza anualmente en la ciudad mexicana. *4 3 2 1*, editada por Seix Barral, llega después de siete años de silencio literario de Auster y es una novela de mil

páginas que narra la historia de Archie Ferguson, un hombre nacido en Nueva York en 1947, pero en cuatro momentos diferentes. "Esta nueva novela planea todo el tiempo la pregunta: ¿Recuerdas el día en que cambié tu vida? y es que quizá no haya otra obra de Auster que condense con mayor acierto las obsesiones de su universo creativo", señala un comunicado de la FIL.



4 ■ REPORTE NACIONAL ■ SLT ■ JUEVES 31 DE AGOSTO DE 2017 ■ SLT.TELAM.COM.AR

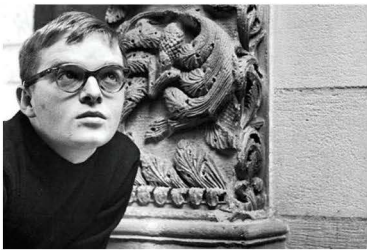


CONTRATAPA

→ WALTER LESCANO

Relatos tallados a mano

Música para camaleones (1980), "es una obra maestra absoluta", dice el autor de esta nota, "una suma literaria" donde se conjugan todas las herramientas que Capote supo encontrar: sencillez, precisión y verosimilitud. ¿Qué más necesitaba el narrador para quedar en la historia?



En el extraordinario prefacio —y el adjetivo no es caprichoso ya veremos por qué— de *Música para camaleones*, el escritor y periodista Truman Capote (1924-1984), ya cerca del final de su agitada existencia, despliega algo complejo en unas pocas páginas. Veamos: compone una autobiografía brillante, exhibe una forma de conducta frente al acto creador, nos da su manifiesto y credo literario, realiza un diagnóstico del campo literario de su época (donde Norman Mailer es visto como una suerte de ladrón y oportunista) y, por último, pero no por eso menos relevante, ofrece un taller literario donde la lección más importante va dirigida hacia las formas de la buena corrección. Todo eso junto y en apenas cuatro páginas.

El vez ser parte de lo más cercano a la filosofía de la palabra, la belleza y su pluma. También es probable que sea lo mejor que escri-

bió en su vida. Pero, por supuesto, esas son las páginas de un verdadero genio que está en el caso de su fuerza física pero aún mantiene toda la potencia del arte de la escritura en sus manos. Y *Música para camaleones*, desde el comienzo, no hace más que demostrarlo.

Este libro, publicado en 1980, fue escrito en medio de un profundo cóctel desolador e imbatible que incluía: un bloque creativo, decepciones personales y amorosas, repudio del *mainstream* literario y de amigos famosos por haber divulgado secretos en una nota publicada en la revista *Esquire*, y dudas de la crítica sobre si todavía tenía o no algo que decir/contar. Es que Truman Capote, a fines de la década del setenta, estaba en un momento culminante.

Ay, ¡qué deslumbramiento su *Incógnita* y *Leviatán*! Recordemos los textos en *The New Yorker* y las novelas *Desayuno en Tiffany's*, *Omnes vivas, otros ámbitos*, sus notas y reportajes publicados en los medios más importantes de USA y, finalmente, con la creación del periodismo narrativo donde *A sangue*

frío es una pieza cumbre de la literatura universal. ¿Qué más había por hacer? ¿Cómo seguir luego de que cada uno de sus pasos significó tanto para la literatura de su tiempo? ¿Hacía falta realizar algún movimiento más para quedar en la historia? Las preguntas se agolpaban. En el prefacio, Capote se responde: "Me coloqué en el centro del escenario y empecé a reconstruir conversaciones cotidianas con personas comunes: el encargado de mi edificio, un masajista en el gimnasio, un viejo compañero de escuela, ni dentista. Después de escribir cientos de páginas sencillas, llegué a conseguir un estilo. Había descubierto un marco dentro del cual podía asimilar todo lo que sabía del arte de escribir". Es decir, de alguna manera había que volver a las bases y a una poética del placer en la escritura. Pero ahí es donde se muestra la maestría: nos muestran una destreza puramente técnica: el despojo, la prosa

crystalizada con lo real, es lo que mejor le funcionaba.

El resultado de ese trabajo, como siempre ocurre con los mejores libros, es inclasificable pero sólido y se divide en tres bloques consistentes: una serie de relatos biográficos, unos retratos y un texto de periodismo narrativo impecable llamado "Féretros tallados a mano".

La primera parte, "*Música para camaleones*", tiene comienzos cristalinios ("Es alta y esbelta, de alrededor de setenta años, pelo plateado, soigné, ni negra ni blanca, con ese pálido tono dorado del ron"); "Durante el invierno de 1945 pasé varios meses en una pensión de Brooklyn"; "En una oportunidad fui invitado a una boda", etc.) en los que Capote pone en evidencia la potencia indeleble que tienen las frases sencillas, simples, sin pretender más que acercarse a un mundo de veracidad. Y no se trata de falta de ambición, quién más ambicioso que Capote?, sino de comprender que la grandeza literaria se nutre de acercarse a la verdad de cada texto y cómo se va construyendo esa verdad, su estilo, su forma de res-

pirar. En el caso de "*Música para camaleones*", esta primera parte, construye su certeza en la simplicidad de la oración, la confianza en las palabras directas y en ubicarse, como pedía Francis Ponge, "de parte" de las cosas.

"Féretros tallados a mano" nos coloca frente al Capote dueño de esos materiales con los que fue mundialmente conocido: esa zona de la vida en la que el mal parece adueñarse de todo y trae consecuencias nefastas para todos los involucrados. Este texto es un hit, y como todo hit hay un encanto instantáneo, pero con una primera vista, pero con el paso del tiempo no resulta tan revelador del arte literario en que Capote sustentó su prosa inolvidable.

La tercera y última parte, *Retratos coloniales*, resulta una clase magistral acerca de lo que proponía el poeta Joaquín O. Gianuzzi en un poema: *No agregue. No distorsione. ¡No cambie! la música de lugar! ¡Preservé lo que está vivo!*. Capote sitúa al lector y luego se deposita su confianza simplemente en lo que ocurre. Y a pesar de que aparece Marilyn Monroe, el fragmento más recordado es el de la empleada doméstica. Y esto nos da una idea de la perspectiva con la que escribe Capote: la de alguien que busca el mejor texto posible más allá de quien lo protagonice.

Escrito como un libro, en algún punto, de transición, mientras trataba de retomar la inspiración para finalizar *Plegarias atendidas*, *Música para camaleones* es una obra maestra absoluta porque se vuelve una suma literaria donde se conjugan todas las herramientas que encontró Capote en el camino y las utilizó con una maestría notable. Y en ese momento desplegó una crítica de la *forma del arte* y, de manera involuntaria, una pedagogía literaria.